

No soy un robot

1

La vieja corva y con la voz quebrándose
manifestó que otrora,
cuando no había espejos, sus hermanos
se solían reflejar en el agua.

Caminamos al lago mirando este silencio.
La brisa meció, apenas, el agua como pétalos.
Me dio las manos ásperas de años
y sentí que eran ramas de algún árbol.

El lago reflejó los rostros anchos.
Nos colmaba esa alegría sencilla
del destello del sol.

La mujer vieja se murió en la orilla,
solté sus manos todavía tibias
y del cuerpo que volvía a ser nada
brotó el reflejo de la propia vida.

2

Vuelvo a caballo al pueblo donde aprendí mi nombre.
En la casa de azulejos islámicos
mis padres ya no viven.

De la vid cuelgan ubres
ácidas en racimo
a la espera de alguno que las coseche.

Abro los desvencijados roperos.
Sopeso con los dedos entreabiertos
los eslabones, gráciles
simulacros de plata,
la incrustación sutil del vidrio
que imita torpemente la esmeralda.

El cielo de golpe se puso negro.
Nunca vi tanta lluvia y tanto viento.

Abrazando el calor de las frazadas
que fueron de mis viejos
los recuerdos vuelven como relámpagos
y en la quietud del dormitorio
oigo el gorjeo de los pájaros.

3

Concilio de los brujos y las brujas
descifrando los tratados de alquimia.

Invocando presencias ancestrales
trazan con las cenizas de un humano
un pentagrama arcano que refulge.

Al balbucear en una lengua muerta,
el aire va poblándose de sílabas
que hibernaron milenios
esperando el día que las pronuncien.

Bajo el temblor del suelo,
desperezándose de su letargo,
los demonios conjurados del Éufrates
cuyos dientes las cabezas cercenan
abren al fin sus alas sepulcrales
y ascienden a otros planos de conciencia.

Lo que he visto no puedo describirlo:
los dibujos de los esquizofrénicos,
tortura de geometrías concéntricas,
avatares que el profeta predijo.

Me encomiendo a los númenes sumerios,
rezo mis últimas plegarias.
Y mi cordura, al fin, al ver mi torso
sacrificado en el altar de cuarzo
me abandona en medio de tus palacios.

4

Enamorarse es atender al tenue
detalle verde agua
bordado en punto ojal de tu camisa:
susurro imperceptible del verano
que acuna a la nacida flor del cardo.

Es albergar secretamente
el anhelo irreal
de encontrarnos por azar en los márgenes,
de una visita inverosímil tuya
con tu laúd en mi balcón abierto.

Es la embriaguez serena
que entibia los abdómenes
y sube al corazón cuando sabemos
que nos gustamos.

Es la impaciencia intolerable
al computar las horas
que nos quedan hasta el próximo beso.

Amar, en cambio,
es el pausado riego de la planta,
humedecer la tierra negra
durante lentas décadas.

Es la germinación de los retoños
que serán árboles
que darán frutos con semillas vírgenes.

Es la labor de la cartografía
minuciosa de los atardeceres,
de nuestros accidentes orográficos:
las caras imperfectas tuya y mía.

Son tus ojos que evocan al mirarme
las palabras que no son las palabras,
la costumbre de tomarnos las manos
en las veredas.

Es la certeza
del faro firme que en el horizonte
alumbra el mar con tu inmortal presencia.

5

Remando el delta con olor a barro,
el sol retrata su vitral cubista,
los retazos de luces color ámbar
a través de los tallos de los ceibos.

Vemos entonces la espesura abriéndose,
el cielo azul traslúcido del claro.
A los lejos cargan bolsos señoras
con dos rostros que no conoceremos.

Me remolcan hasta la pieza sola
que crece entre los líquenes:
galpón hecho un quilombo
de juguetes en ruinas,
el olor acre del jabón en polvo,
la ropa sucia, palas oxidadas
y baldes sin pintura que se secó.

Me acuestan en el piso polvoriento
y ante el grito de que traigan ayuda
viene corriendo un hombre grande en cuero
todavía mate enlosado en mano.

Comí un yuyo guaraní venenoso
y entré a sudar como el caballo enfermo.
Pulso eléctrico que recorre los nervios,
me derrumban el vértigo y las náuseas.
No escucho más las voces apagadas.

Entiendo sin embargo por cómo están mirándome
que ya estoy muerta.

6

Me niego a resignarme a lo posible
y a hacer revoluciones por lo bajo.
Me niego a pesadillas a destajo
a cambio de modorras apacibles.

Me niego a las mandíbulas terribles:
al aguijón del áureo escarabajo
que a mi pecho mascada mierda trajo
y me inyectó un dolor indestructible.

Me niego a sepultar en el olvido
las palabras que un día me dijiste
cuando dejando el ya desierto nido

tus alas blancas de gaviota abriste
y, aleteando, su nítido sonido
me dejó en el lugar del que te fuiste.

7

¿Qué soy más que la carne del presente que pasa,
cristal de la conciencia pulida que fluyendo
experimenta el devenir que nace?

La experiencia del cuerpo se disuelve
en colores puros que se entrecruzan.
La fusión de crayones
y el irisado tornasol del nácar
son náusea, angustia, lágrimas,
alivio, carcajadas,
mil diminutas flores de lavanda.

Ya no soy esa nena secuestrada en el monte:
con las manos filosas rebané sus testículos
y los dejé tirados en un palo borracho.

Soy todos y cada uno de los momentos:
los elefantes del zoológico,
las medusas chasqueando en el océano,
mi nombre es las estrellas del firmamento.

Soy la madre que parió el universo,
el augurio ominoso del benteveo,
los ojos que mirándose a sí mismos
se desfiguran y se configuran.

8

Soñé que a luz de vela charlando en occitano
iluminaba un pergamino
en oro y goma arábiga
con cálices sangrales, basiliscos ignívoros
y las pijas erectas de los faunos
con alas de murciélago.

Me despierto en un tren a los suburbios
entre la sarna de los perros,
un viejo mutilado pregonando gaseosas
y pintura rupestre fálica en los asientos.

No se mira directamente al sol:
soslayo el resplandor incandescente
de los seres humanos de la calle
que por sernos inútiles
mandamos a dormir sobre el cemento,
a tener por almohada la intemperie,
a limosnear por la supervivencia,
a atesorar desperdicios ajenos.

Llego a los pagos de mi vieja
donde los equinoccios se preceden
tomando el mate de la tardecita,
tendiendo ropa al sol
con su jeta de calendario maya
solemne ante el sacrificio infantil.

Le hago mimos al gato que le llora
el ojo mocho.
Permanece en el mármol de la mesada
ajeno al tiempo.

Miro las fotos de mi hermana
cuando le faltaban dos incisivos,
de las fiestas cuando mi viejo estaba.

Sé que un día esta casa va a quedar sola.

Me despido otra vez de mi mamá,
sin sospechar que esta vez es la última,
y me tomo el colectivo de vuelta.

9

Tambores funerarios polirrítmicos
rezongan en lenguas de los bantúes.
Me amortajan
en el precioso lino
recamado
del plumaje vistoso
de pájaros turquesa.

Los ancestros
rondan entre los vivos
con máscaras grotescas del rito fúnebre.
Me abandono a los compases frenéticos,
a la convulsión del trance mortuorio.

Mi nombre es un amuleto simbólico:
palabra mágica que da la vida,
palabra mágica que la arrebató.

A cambio de dos óbolos
en las órbitas huecas de los ojos
el barquero me cruza desde el sueño
a la vigilia de los que no sueñan.

Transito las acequias empedradas
al parque celestial del más allá.

Conmigo morirán las memorias
de las ingles ungidas
en el olor rancio del sexo,
de tu boca posándose sobre mi mano abierta,
de la sangre rodando por los muslos desnudos
tiñendo de nevaduras la tierra.

10

A la vera del río
crecen las campanillas,
los transeúntes andan
sin mirar las espigas,
florecen en noviembre
los árboles de lilas
y de la madreSelva
los zarcillos se rizan.

A tus dieciséis años,
mariposa de noche,
te carcomió la enfermedad,
vino a buscarte el monigote
para sumirte en las profundidades.

Quise darte mi corazón entero
y no pude arrancármelo del pecho.

Cuando los eones pasen
y la Tierra se seque
y se extingan los rastros de nuestros cuerpos
y se borren todos estos momentos
¿quiénes seremos?
¿cómo habremos de volver a encontrarnos?